

otros negociar con ella! Debían habernos dicho al empezar la guerra que no haríamos la paz hasta que nuestros enemigos estableciesen cierta forma de gobierno, hasta que quedase abolida entre ellos la república, hasta que tuviesen las instituciones que nos agradase darles.

A pesar de este choque de razones y de elocuencia, continuaba Pitt su marcha sin manifestar jamás el verdadero objeto que se proponía y obtuvo cuanto quiso: empréstito, conscripción marítima y hasta suspensión del *habeas corpus*. Con sus tesoros, su marina, los doscientos mil austriacos, y el desesperado valor de los insurgentes franceses, resolvió emprender este año otra campaña, seguro de dominar á lo menos los mares, si la entusiasta nación á quien combatía lograba vencer en el continente.

Todas estas negociaciones, estos conflictos de opiniones en Europa, estos preparativos de guerra y aquella misma variación, prueban la inmensa importancia que nuestra nación tenía entonces en el mundo. Vióse llegar á un tiempo en aquella época embajadores de Suecia, Dinamarca, Holanda, Prusia, Toscana, Venecia y América. Apenas llegaban á París iban á visitar al presidente de la Convención, que vivía á veces en un piso tercero

ó cuarto, y cuyo recibimiento atento y sencillo había reemplazado á las antiguas recepciones de la corte. Luego les conducían á aquel famoso salón, donde se sentaba en unos modestos bancos y en trajes muy sencillos aquella Asamblea que tanto por su poder como por la gran fuerza de sus pasiones no parecía ya ridícula, sino terrible. Se les ponía un asiento enfrente del que ocupaba el presidente, y hablaban sentados, respondiéndoles lo mismo el presidente y dándoles los títulos que expresaban sus credenciales. En seguida se les daba el abrazo fraternal, proclamándoles representantes de la potencia que les enviaba, y podían asistir en una tribuna reservada á aquellas borrascosas discusiones que inspiraban tanta curiosidad como temor á los extranjeros.

Tal era el ceremonial empleado con los embajadores de las potencias, siendo muy digno de la república recibir sin fausto, pero con decoro y consideraciones, á los embajadores de los reyes vencidos por ella. El nombre de francés era glorioso entonces, porque estaba ennoblecido con las más honrosas victorias, con las más puras de todas, como son aquellas que consiguen un pueblo al defender su existencia y libertad.

CAPITULO XXIX

Redóblanse el odio y la violencia de los partidos después del 12 germinal.—Nueva conspiración de los patriotas.—Asesinatos en las cárceles de Lyon por los reaccionarios.—Nuevos decretos contra los emigrados y sobre el ejercicio del culto.—Modificaciones en las atribuciones de las juntas.—Cuestiones administrativas. Baja progresiva del papel moneda. Agiotaje.—Proyectos y discusiones sobre la reducción de los asignados. Providencia importante dirigida á facilitar la venta de los bienes nacionales.—Sublevación de los revolucionarios el 1.º pradiel, año III. Invaden la Convención.—Asesinato del representante Feraud. Principales sucesos de aquel día y siguientes.—Consecuencias de la jornada de pradiel. Arresto de diferentes miembros de las antiguas juntas. Sentencia y suplicio de los representantes Romme, Goujon, Duquesnoy, Duroi, Soubrany, Bourbotte y otros comprometidos en la insurrección.—Desarme de los patriotas y destrucción de su partido.—Nuevas discusiones sobre la venta de los bienes nacionales.—Escala de reducción que se adoptó para los asignados.

Los sucesos del mes de germinal no habían producido otro resultado para los dos partidos en que estaba dividida la Francia, sino el que generalmente se ve cuando no hay uno que predomine, y es que cada cual adquiere mayor violencia y se encarniza más en perseguir al otro. Los revolucionarios de todo el Mediodía, y especialmente de Aviñón, Marsella y Tolón, más amenazadores y atrevidos que nunca, y librándose de todos los esfuerzos que se hacían para desarmarlos ó enviarlos á sus distritos, seguían pidiendo la libertad de los patriotas, la muerte de los emigrados que habían vuelto y la Constitución del 93. Seguían correspondencia con los partidarios que en todas las provincias tenían, llamándoles á sí, y excitándoles á reunirse en dos puntos principales, Tolón para el Mediodía y París para el Norte. Decían que cuando fuesen bastante fuertes en Tolón, sublevarían los departamentos y se dirigirían á reunirse con sus hermanos del Norte, que era el mismo proyecto de los federalistas del 93.

Por otra parte, sus adversarios, ya realistas, ya girondinos, habían cobrado también más osadía desde que el gobierno, acometido en germinal, había empezado las persecuciones. Teniendo en sus manos las administraciones, hacían un uso terrible de los decretos expedidos contra los patriotas; les encerraban como cómplices de Robespierre, ó como depositarios de los caudales públicos, que no habían dado cuenta de ellos; les desarmaban por haber coadyuvado á la tiranía abolida el 9 termidor, ó bien les llevaban de un punto á otro por haber dejado sus distritos. En el Mediodía, especialmente, eran más activas las hostilidades con estos desgraciados patriotas, porque la violencia incita siempre á otra violencia. En el departamento del Ródano se preparaba una reacción terrible. Regresaban los realistas obligados á huir de la cruel severidad del 93, atravesando la Suiza; pasaban la frontera, entraban en Lyon con pasaportes falsos, y hablando del rey, de la religión y de la prosperidad pasada, se valían del recuerdo de las metralladas para inclinar á la monarquía aquella ciudad enteramente republicana. Así se apoyaban los realistas en Lyon, como en Tolón los patriotas. Se decía estar oculto en la ciudad aquel Précý que tantas desgracias produjo en ella con su denuedo. En Ba-

silea, en Berna y en Lausana se mostraban más orgullosos que nunca una multitud de emigrados, hablando de su próximo regreso y diciendo que gobernaban sus amigos; que en breve iba á restablecerse en el trono al hijo de Luis XVI, el cual les llamaría y volvería sus bienes, y que por lo demás, excepto algunos jefes militares que deberían sufrir un castigo, todo el mundo contribuiría con vivos deseos á esta restauración. En Lausana, donde toda la juventud era entusiasta por la revolución francesa, sufrían mil incomodidades y les obligaban á callar; en otras partes les dejaban hablar, despreciando sus fanfarronadas, por la costumbre que tenían de oírlos hacia seis años; pero desconfiaban de algunos de ellos que estaban pagados por la policía austriaca, para espiar en las posadas las conversaciones imprudentes de los viajeros. Por esta parte, es decir, hacia Lyon, se habían formado partidas que, con los nombres de *compañías del Sol y de Jehú*, debían recorrer los campos ó penetrar en las ciudades, degollando á los patriotas que se habían retirado á sus haciendas ó que estaban detenidos en las prisiones. También regresaban por esta frontera y se habían diseminado ya por todas las provincias del Este los clérigos deportados, los cuales declaraban nulo cuanto habían hecho los juramentados. Volvían á bautizar á los niños y á desposar á los casados, inspirando al pueblo odio y desprecio hacia el gobierno; cuidaban, sin embargo, de estar cerca de la frontera, para escapar por ella á la primera señal. Los que no habían sido desterrados y gozaban en Francia de una pensión vitalicia y del permiso de ejercer su culto, no abusaban menos que los deportados de la tolerancia del gobierno. Disgustados con tener que decir misa en casas alquiladas ó prestadas, sublevarían al pueblo y le incitaban á que se apoderase de las iglesias, que se habían hecho propiedad de los ayuntamientos; lo cual había producido ya algunas escenas desagradables, teniendo que usar de la fuerza para imponer respeto á los decretos. En París los periodistas, vendidos á los realistas, ó incitados por Lemaitre, escribían con más descaro que nunca contra la revolución, defendiendo casi sin rebozo la monarquía. El autor del *Espectador*, Lacroix, había sido declarado libre de las persecuciones dirigidas contra él, y desde

entonces no temió ya al tribunal revolucionario la turba de periodistas.

Se hallaban, pues, los dos partidos en presencia uno de otro, dispuestos á un choque decisivo. Los revolucionarios, resueltos á consumar el hecho de que hicieron sólo un amago el 12 germinal, conspiraban abiertamente, urdiendo planes en cada barrio, desde que perdieron sus principales directores que meditaban por sí lo que había de hacer todo el partido,

Formóse una reunión en casa de un tal Lagrelet, calle de Bretaña, donde se trataba de reunir varias juntas, á cuya cabeza se pondría Cambón, Maribón-Montaut y Thuriot, y dirigirse unos á las prisiones para libertar á los patriotas, otros á las juntas para derribarlas y otros finalmente á la Convención para arrancarla decretos. Dueños una vez de la Convención, querían los conspiradores que se repusiese á los diputados arrestados, se anulase la sentencia dada contra Billaud-Varennes, Collot d'Herbois y Barrere, se excluyese á los setenta y tres y se proclamase inmediatamente la Constitución del 93. Lo tenían preparado ya todo, hasta las herramientas para abrir las prisiones, las consignas para reconocer los conjurados y una pieza de tela que colgaría de la ventana de la casa de donde emanaran las órdenes; pero se cogió una carta metida en un pan y dirigida á un preso, en que se le decía: «El día en que recibáis huevos pintados la mitad de blanco y la mitad de encarnado, estaréis dispuestos.» Este día era el 1.º floreal.

Uno de los conjurados descubrió el secreto, y participó las circunstancias del proyecto al comité de seguridad general, el cual hizo prender en seguida á todos los cabecillas nombrados; mas esto por desgracia no trastornaba los planes de los patriotas, porque cada uno era á la sazón corifeo, y se conspiraba en mil puntos distintos á un mismo tiempo.

Rovere, merecedor un tiempo del nombre de terrorista bajo el antiguo comité de salvación pública y en la actualidad obstinado reaccionario, se presentó en la Convención á leer un informe sobre esta conspiración, pronunciándose terriblemente contra los diputados que debían ponerse al frente de las reuniones. Estos diputados ignoraban tal conspiración, pues se había dispuesto de sus nombres sin conocimiento de ellos, porque los necesitaban y porque se contaba con sus ideas. Condenados de antemano á ser arrestados en Ham, no habían obedecido y se habían evadido de la prisión. Rovere hizo resolver por la Asamblea que si inmediatamente no se daban á prisión, serían deportados por el hecho solo de desobediencia. El aborto de tal proyecto indicaba demasiado que habría en breve algún acontecimiento.

Luego que publicaron los periódicos aquella nueva trama de los patriotas, se manifestó en Lyon una inquietud extraordinaria, renovándose el furor contra ellos. Se estaba viendo á la sazón la causa de un famoso acusador terrorista, perseguido en virtud del decreto contra los cómplices de Robespierre.

Acababan de llegar los periódicos con el descubrimiento de Rovere sobre la conspiración del 29 germinal, y los lioneses empezaron á alborotarse, pues la mayor parte tenían que llorar ó la ruina de su fortuna ó la muerte de sus parientes. Rodearon amotinados la

sala del tribunal. Montó á caballo el representante Boisset, y acudiendo todos á él, se pusieron á referirle cada uno los cargos que tenía que hacer al acusado. Los autores del desorden y los individuos de las compañías del Sol y de Jehú se aprovecharon de esta conmoción, atizaron el fuego, fueron á las prisiones, y entrando en ellas degollaron á setenta ú ochenta presos tenidos por terroristas, arrojando sus cadáveres al Ródano. La guardia nacional hizo algunos esfuerzos para impedir estos atentados, pero acaso no mostró el mismo celo que si se hubiera hallado menos resentida de las víctimas de este día (1). Así, apenas se supo la conspiración del 29 germinal, cuando se anticiparon los contrarrevolucionarios con los asesinatos del 5 floreal (24 de abril) en Lyon. Los republicanos sinceros, aunque vituperaban los planes de los terroristas, se alarmaron, no obstante, por los de los contrarrevolucionarios. Sólo hasta entonces se habían dedicado á impedir un nuevo terror, sin intimidarse por el absolutismo, pues éste parecía en efecto muy distante después de las ejecuciones del tribunal revolucionario y las victorias de nuestros ejércitos; pero cuando le vieron arrojado en cierto modo de la Vendée, entrar por Lyon, formar compañías de asesinatos, introducir á los clérigos perturbadores hasta el centro de la Francia y dictar en el mismo París escritos inspirados por la saña de la emigración, volvieron en sí y creyeron que á las severas medidas adoptadas contra los secuaces de los terroristas era necesario añadir otras contra los partidarios de los realistas. Para quitar todo pretexto á los que habían sufrido los pasados excesos y pedían venganza, se ordenó á los tribunales que fuesen más activos en la persecución de los individuos acusados de dilapidaciones, abusos de autoridad y actos opresivos. En seguida se pasó á adoptar las resoluciones capaces de reprimir á los realistas. Chenier, conocido por sus talentos literarios y sus opiniones francamente republicanas, quedó encargado de presentar un informe sobre el particular, y en efecto trazó un cuadro enérgico de la Francia, de los partidos que se disputaban el mando y especialmente de los planes urdidos por la emigración y el clero, proponiendo en seguida citar inmediatamente á todos los emigrados ante los tribunales para aplicarles la ley; considerar como emigrado á todo deportado que habiendo regresado á Francia siguiese en ella un mes más; castigar con seis meses de prisión á todo el que infringiese la ley sobre cultos y quisiese apoderarse á la fuerza de las iglesias; condenar á destierro á los escritores que provocasen á despreciar á la representación nacional ó que defendían el absolutismo; y finalmente, obligar á todas las autoridades encargadas del desarme de los terroristas á que manifestasen los motivos por que lo habían hecho. Adoptáronse todas estas precauciones, excepto dos, que dieron margen á algunas observaciones.

(1) Los «compañeros del Sol» ensangrentaron toda la Provenza con sus terribles represalias. El 6 pradiel, dos ó trescientos hombres enmascarados allanaron la cárcel de Tarascón, y arrojaron desde lo alto de la torre á los presos jacobinos. Emigrados de vuelta en Francia, mujeres, en una palabra, todos los contrarrevolucionarios, sentados en sillas á lo largo de la calzada del Ródano, presenciaban tan horrorosa tragedia. Habían clavado con puñales en el pecho de las víctimas un rótulo con estas palabras: «Se prohíbe enterrarlo bajo pena de la vida.» Los cadáveres sirvieron de pasto á los perros y á las aves de rapiña.

Thibaudeau no halló prudente castigar con seis meses de prisión á los infractores de la ley sobre cultos; dijo con mucha razón que las iglesias sólo eran buenas para una cosa, para las ceremonias religiosas; que el pueblo, tan devoto en asistir á la misa en reuniones particulares, se vería privado con mucho sentimiento de los edificios de los templos en que antiguamente se celebraba, y que declarándose el gobierno extraño para siempre á los gastos de cultos, podrían devolver las iglesias á los católicos, para evitar quejas, conmociones y acaso una Vendée general; pero no se aprobaron las observaciones de Thibaudeau, porque volviendo las iglesias á los católicos, aunque fuese con la obligación de sostenerlas ellos, se exponían á volver al antiguo clero la ostentación que formaba parte de su poder.

Tallién, que se había hecho periodista con Frerón, y que por esta razón ó por afectación de justicia quería proteger la independencia de la imprenta, se opuso al destierro de escritores. Sostuvo que la determinación era muy arbitraria, dejando ancho campo al rigor contra la imprenta. Tenía razón, pero en aquella situación de guerra abierta contra el absolutismo, acaso era importante que la Convención se declarase enérgicamente contra unos folletistas, que tan pronto querían volviere la Francia á las ideas monárquicas. Louvet, aquel ardiente girondino, cuya desconfianza había perjudicado tanto á su partido, pero que era de los hombres más sinceros de la Asamblea, se apresuró á responder á Tallién, y amonestó á todos los amigos de la república que olvidasen sus divergencias y recíprocos cargos, uniéndose contra el enemigo más antiguo, contra el único verdadero que tenían, es decir, el absolutismo. El testimonio de Louvet en favor de las medidas violentas era el menos sospechoso de todos, porque había arrostrado la proscrición más cruel por combatir el sistema de los medios revolucionarios. Toda la Asamblea aplaudió su noble y franca declaración, votó la impresión y remisión de su discurso á toda la Francia, y adoptó el artículo con veigüenza de Tallién, que no había elegido ocasión á propósito para defender una máxima justa y verdadera.

Así, mientras que la Convención había ordenado la persecución, desarme y vuelta á sus distritos de los patriotas, acababa también de renovar las leyes contra los emigrados y clérigos deportados, y de establecer penas contra la apertura de las iglesias y los folletines realistas; pero las leyes penales son débiles frenos para los partidos, cuando están dispuestos á acometerse unos á otros. Pensó el diputado Thibaudeau que era muy débil y se había relajado mucho desde el 9 termidor la organización de las comisiones de gobierno, organización que, al tiempo de derribarse la dictadura, sólo se había imaginado por temor á una nueva tiranía; de manera que á la excesiva tensión de todos los resortes había sucedido una flojedad extrema. Se había restituido á cada comisión su particular influjo para destruir el demasiado dominante del comité de salvación pública, resultando de aquel estado de cosas incertidumbres, lentitudes y total postración en el gobierno. En efecto, si sobrevenía alguna turbulencia en un departamento, el nuevo orden quería que se escribiese al comité de seguridad general; éste consultaba al de salvación pública, y en ciertos casos al de legislación, y era necesario es-

perar á que estuviesen todos los individuos para reunirse, y después á que tuviesen tiempo de conferenciar: de modo que las reuniones eran casi imposibles y muy numerosas para poder obrar. Si había que enviar sólo veinte hombres de guardia, el comité de seguridad general, encargado de la policía, estaba obligado á dirigirse á la comisión militar. Entonces se conocía el error en que habían estado de temer tanto la tiranía del antiguo comité de salvación pública y de tomar precauciones contra un riesgo que era quimérico.

Un gobierno organizado de este modo no podía resistir sino muy débilmente á las facciones, oponiéndoles una autoridad impotente. Propuso, pues, el diputado Thibaudeau se simplificase el gobierno; y pidió que se redujesen las atribuciones de todos los comités á la proposición de las leyes, y que el comité de salvación pública fuese el único que tuviera á su cargo las facultades ejecutivas: que éste reuniese la policía á sus demás cargos, y que por consiguiente quedase abolido el comité de seguridad general; finalmente, que el comité de salvación pública, encargado así de todo el gobierno, constase de veinticuatro individuos que bastarían para desempeñar sus nuevos cargos. Los cobardes de la Asamblea, dispuestos siempre á alarmarse contra los riesgos imposibles, se declararon contra el proyecto diciendo que renovaba la antigua dictadura. Abierto ya el camino, cada uno hizo su proposición. Los que tenían la manía de volver á la senda constitucional y á la división de los poderes propusieron crear una autoridad ejecutiva fuera de la Asamblea, para separar la ejecución de la ley de su voto; otros idearon sacar los individuos de este poder de la Asamblea misma, pero privándoles mientras durasen sus funciones del voto legislativo. Después de largas digresiones, conoció la Asamblea que no quedándole más que dos ó tres meses de existencia, es decir, apenas lo necesario para acabar la Constitución, era ridículo perder el tiempo en hacer una provisional y sobre todo renunciar á la dictadura cuando se necesitaba más fuerza que nunca. Por consiguiente, se desestimaron todas las proposiciones dirigidas á dividir los poderes, y como se temía mucho el proyecto de Thibaudeau para adoptarle, se contentaron con desembarazar la marcha de las comisiones. Decidióse que se redujesen á la mera proposición de las leyes; que sólo el comité de salvación pública tuviera facultades ejecutivas pero que perteneciese la policía al comité de seguridad general; que las reuniones de los comités se verificarían sólo por medio de comisionados; y finalmente, para tranquilizarse enteramente del miedo que infundía el terrible comité de salvación pública, se resolvió privarlo de la iniciativa de las leyes, sin que pudiese presentar jamás proposiciones para proceder contra ningún diputado.

Mientras que se tomaban aquellas resoluciones para restituir un poco de energía al gobierno, continuábase tratando de las cuestiones de hacienda, cuya discusión se había interrumpido por los acontecimientos del mes germinal. La abolición del *maximum*, requisas, secuestros y de todo el aparato de los medios forzosos, dando su movimiento natural á todo, había precipitado aún más la caída de los asignados. Ya no se hacían las ventas á la fuerza; los precios eran libres; los géneros habían encarecido extraordinariamente, y por lo tanto habían

bajado proporcionalmente los asignados. Restablecidas las comunicaciones exteriores, éstos habían entrado de nuevo en comparación con los valores extranjeros, manifestándose rápidamente su inferioridad en la baja cada vez mayor del cambio; de manera que bajo todos aspectos era completo el descrédito del papel moneda, y según sucede comunmente, se aumentaba la rapidez del mismo descrédito con la de su baja. Toda variación demasiado acelerada en los valores produce las especulaciones aventuradas, es decir, el agiotaje; y como esta variación no sucede jamás sino por efecto de un desorden en política ó en hacienda, y por consiguiente sufren los productos y se entorpecen la industria y el comercio, no queda apenas otro género de especulación; entonces, en vez de fabricar ó transportar nuevas mercancías, se apresuran á especular con las alteraciones de precio en las que existen, y en vez de producir, se apuesta sobre lo ya producido. El agiotaje, que tan considerable se había hecho en los meses de abril, mayo y junio de 1793, cuando la deserción de Dumouriez, el levantamiento de la Vendée y la liga federalista dieron tan considerable baja á los asignados, era mayor que nunca en germinal, floreal y pradiel del año III (abril y mayo del 95). Así, con los horrores de la carestía, se sufría el escándalo de un desenfrenado juego que contribuía á aumentar lo caro de las mercancías y el descrédito del papel. La práctica de los jugadores era la misma que en 93, la misma que siempre. Compraban los géneros, que subiendo con relación á los asignados extraordinariamente, aumentaban de valor en sus manos y les proporcionaban en pocos instantes considerables ganancias. Todos los deseos y esfuerzos se dirigían por tanto al descrédito del papel. Había cosas que se vendían y revendían cien veces sin salir de un punto; se especulaba también, según su costumbre, con lo que no se tenía; se compraba un género á uno que no lo poseía, pero que debía entregarlo en un término dado, pasado el cual no lo entregaba al vendedor, sino que pagaba la diferencia del precio del día si el género había subido, ó la recibía si había bajado. En el Palacio Real, tan odiado del pueblo porque en él se hallaba la juventud dorada, era donde se reunían los agiotistas. No se podía atravesar por él sin verse perseguido por prenderos que llevaban en la mano telas, cajitas de oro, vasos de plata y rica quincalla. Los especuladores en metálico se reunían en el café de Chartres, y aunque el oro y la plata no se consideraban como mercancías y desde el año 93 estaba prohibido bajo severas penas darlos por asignados, no por eso se hacía su comercio más ocultamente. El luis se vendía por ciento sesenta francos en papel, y en el espacio de una hora se le hacía variar de ciento sesenta á doscientos y aun á doscientos diez francos.

Así, los cargos y reconvenciones con que los patriotas procuraban sublevar al pueblo consistían en la suma escasez de pan, la falta absoluta de medios de abrigo con un frío cuyo rigor duraba aún en la primavera, la excesiva subida de precio de todos los géneros, la imposibilidad de adquirirlos con un papel que diariamente perdía, y en medio de todas estas calamidades, el desenfrenado agiotaje que precipitaba el descrédito de los asignados por sus especulaciones, ofreciendo el aspecto de un juego escandaloso, y á veces de fortunas rápidas

al lado de la miseria general. Era, pues, importantísimo, así para evitar las desgracias públicas, como para impedir un levantamiento, que desapareciesen estos cargos; mas en esto estribaba, como siempre, la dificultad.

El medio que, como hemos visto, se creía indispensable, era subir los asignados amortizándolos; pero para esto había que vender los bienes, y no se acababa de comprender que el verdadero obstáculo consistía en la dificultad de suministrar á los compradores medios para pagar una tercera parte del territorio. Se habían desechado los medios violentos, es decir, el empréstito forzoso y la providencia de quitarles la calidad de moneda, y se dudaba entre los dos medios voluntarios, entre una lotería y un banco. La proscripción de Cambón decidió la preferencia del proyecto de Johannot, que había propuesto el segundo; pero mientras se aguardaba á que surtiese efecto este medio quimérico, que aun así no podía nunca colocar los asignados al par del metálico, existía siempre el mayor mal, que era el de una diferencia entre el valor nominal y el efectivo. Así, el acreedor del Estado ó los particulares recibían al asignado á la par, y no podían colocarlo sino por una décima parte á lo sumo; los propietarios que habían arrendado sus tierras tampoco recibían más que la décima parte del arriendo, y arrendadores hubo que pagaron su tante con un saco de trigo y un cerdo cebado ó un caballo.

El Tesoro, especialmente, sufría pérdidas que contribuían á la ruina de la hacienda, y por consiguiente á la del papel. Recibía del contribuyente el asignado por su valor nominal, y cada mes los cincuenta millones que cobraba quedaban reducidos cuando más á cinco. Para suplir este déficit y cubrir los gastos extraordinarios de guerra, se veía obligado á emitir hasta ochocientos millones de asignados al mes, á causa del desprecio en que estaban. Lo primero que debía hacerse, mientras se veía el resultado de los pretendidos medios que debían retirarlos y darles subida, era restablecer la relación entre su valor nominal y el efectivo, de modo que ni la república, ni el acreedor del Estado, ni los propietarios de tierras, ni los capitalistas, ni ninguno, en fin, de cuantos pagasen en papel se arruinasen. Johannot propuso restituir á los metales el carácter de medida de los valores. Diariamente se debía comparar el valor de los asignados con el del oro ó la plata, y no recibirlos á ningún otro precio, admitiendo al que tenía un crédito de mil francos diez mil en asignados, si éstos no valían más que la décima parte de los metales. Los impuestos, los arriendos, todo género de réditos y la propiedad de los bienes nacionales se podían pagar en dinero ó en asignados, según corrieran. Se opusieron al medio de adoptar los metales por término común de todos los valores, al principio por el inveterado odio que se tenía á aquéllos, creyendo ser los que habían desacreditado el papel, y después porque los ingleses, que tenían mucho, podrían, según opinaban, hacerlos variar como quisieran, siendo así los que mandaran en el valor de los asignados. Estas razones valían muy poco, pero decidieron á la Convención á no admitir los metales como medida de los valores, y entonces Juan Bon Saint-André propuso adoptar el trigo, que era en todos los pueblos el valor esencial á que todos los demás debían referirse. De este modo se calcularía la cantidad de trigo que podía adquirirse con la suma debida al tiempo de la tran-

sacción, y se pagaría en asignados el valor que bastase á adquirir en la actualidad la misma porción de trigo.

Así, el que debía una renta, un arriendo ó una contribución de mil francos, en tiempo en que mil de éstos representaban cien quintales de trigo, daría el valor actual de estos cien quintales en asignados; pero se hizo la objeción de que las calamidades de la guerra y las pérdidas de la agricultura habían hecho subir considerablemente el trigo, respecto á todos los demás géneros ó mercancías, valiendo cuatro veces más; pues debiendo tener, según el curso actual de los asignados, diez veces el precio de 1790, es decir, cien francos el quintal, costaba, sin embargo, cuatrocientos. El que en 1790 debía mil francos, debería entonces diez mil de asignados, pagando según el valor metálico, y cuarenta mil según el del trigo, de modo que aprontaba una suma cuatro veces mayor que otra. No se sabía, pues, qué medio adoptar respecto á los valores. El diputado Raffrón propuso que desde el 30 del mes se bajasen los asignados un uno por ciento diario. Al momento manifestaron que esto era una bancarrota, como si no lo fuese lo mismo reducir los asignados al precio metálico del trigo, es decir, á hacerles perder de repente un noventa por ciento. Bourdón de l'Oise, que hablaba continuamente de hacienda, sin entenderlo, hizo decretar que no se admitía ninguna proposición que se dirigiese á hacer quiebra.

Entretanto la reducción del asignado al curso tenía uno de los mayores inconvenientes. Si en los pagos, ó del impuesto, ó de los bienes nacionales, se recibía el asignado según el precio á que bajaba cada día, la baja no tendría fin, porque nada la impediría. En efecto, en el estado actual del asignado pudiendo servir aún por su valor nominal al pago del impuesto de los arriendos y de todas las sumas vencidas, tenía un destino que todavía daba cierta realidad á su valor, pero si en ninguna parte se recibía más que al precio diario, debía bajar indefinidamente. El asignado emitido hoy por mil francos, podía no valer al siguiente día más que ciento un franco ó un céntimo; no arruinaría á nadie, es verdad, ni á los particulares, ni al Estado, porque ninguno lo tomaría sino por lo que valiese; pero como su valor no era forzoso en ninguna parte, iba á desaparecer al punto. Ni había razón para que mil millones nominales no bajasen á un franco efectivo, y entonces iba á faltar enteramente al gobierno el recurso del papel moneda que todavía le era indispensable.

Viendo Dubois-Crancé el inconveniente que presentaban todos aquellos proyectos, se opuso á la reducción de los asignados al valor corriente, y despreciando las quejas de cuantos se habían arruinado por el pago en papel, propuso sólo exigir los impuestos sobre tierras según su valor. Así podría el Estado tener medio de alimentar los ejércitos y los grandes distritos, evitándose una emisión de tres á cuatro mil millones de papel que gastaba para proporcionarse géneros; pero este proyecto, que por entonces pareció muy bueno, se desechó después de un meditado examen y hubo de pasarse á otro.

Pero entretanto se aumentaba el mal diariamente; por todas partes estallaban alborotos producidos por la falta de subsistencias y de leña para calentarse; en el Palacio Real se vendía pan á veintidós francos la libra,

y algunos marineros en uno de los pasos del Sena pidieron hasta cuarenta mil francos por un trabajo que antes costaba ciento. Apoderóse de los ánimos una especie de desesperación, diciendo que era preciso salir de este estado y hallar recursos á todo precio.

En tan cruel situación, Bourdón de l'Oise, que nada entendía de hacienda y trataba como un energúmeno todas estas cuestiones, halló, por casualidad sin duda, el único medio que convenía para librarse del apuro. Reducir los asignados á su valor corriente era, como hemos visto, muy difícil, porque no se sabía si tomar por medida el metálico ó el trigo, y por otra parte era privarlos al punto de todo valor y exponerlos á un interminable descrédito. Subir su valor al recogerlos era también difícil, por ser preciso vender los bienes, y era casi imposible colocar tan inmensa cantidad de propiedad inmueble.

Sin embargo, había un medio de vender los bienes nacionales, que era ponerlos al alcance de los compradores, exigiendo de ellos el valor que pudiese darse, según la situación de la fortuna pública. Los bienes se vendían á la sazón por subasta, resultando que ofrecían por ellos una cantidad proporcional á la baja del papel, siendo preciso dar en asignados cinco ó seis veces el precio de 1790. Es verdad que esto constituía aún en aquella época la mitad del valor de las tierras; pero todavía era mucho en la actualidad, porque la tierra no valía realmente la mitad ni la cuarta parte de lo que en 1790. Nada hay absoluto en el valor. En América y en los grandes continentes valen poco las tierras, porque hay más cantidad de ellas que de capitales móviles, y lo mismo sucedía, por decirlo así, en Francia en 1795. Era, pues, preciso no atenerse al valor aparente de 1790, sino al que podía lograrse en 1795, porque ninguna cosa vale en realidad más de lo que puede darse por ella.

En consecuencia, Bourdón de l'Oise propuso adjudicar los bienes sin subasta, y por mera propuesta verbal, al que ofreciese tres veces en asignados el valor de 1790. De dos licitadores debía darse la preferencia al que se hubiese presentado primero. De modo que una hacienda valuada en cien mil francos en 1790, debía valer trescientos mil en asignados; y como éstos habían bajado á la décimaquinta parte de su valor, trescientos mil francos representaban veinte mil efectivos; de modo que se pagaba con veinte mil de éstos una hacienda que valía cien mil en 1790. No era esto perder las cuatro quintas partes, porque verdaderamente no podía obtenerse más. Por otra parte, aunque el sacrificio hubiese sido real, no debía dudarse el admitirlo, porque las ventajas eran muy grandes.

Por de pronto se evitaba el inconveniente de la reducción del papel al curso corriente, que lo destruía. En efecto, hemos visto que el asignado, reducido al curso en el pago de cualquier cosa, aun de los bienes nacionales, no tenía valor fijo en ninguna parte, y se inutilizaba; pero conservándole la facultad de pagar los bienes, tenía un valor fijo, porque representaba cierta cantidad de tierra, que pudiendo siempre adquirirla, se tendría siempre el valor de aquél, y no faltaría mientras no faltase ella. Evitábase, pues, el total descrédito del papel. Pero aún hay más; es constante, y lo probó lo que medió dos meses después, que se hubieran podido